

El guripa

Alexis Zapico Fernández



Capítulo 1

EL INFIERNO RUSO

Poco a poco, alza la mirada distante de aquella suciedad que, durante unos instantes, se había dedicado a contemplar, la cual impregnaba sus manos, coloreando estas de tonos rojos y parduscos.

-¡Arriba Sergio! ¡Venga atontado, coge el fusil, los tenemos encima!

La voz del teniente Pérez, cariñosamente apodado llamado por sus hombres como el "Corneta", lo arranca de su momentánea abstracción. Sergio, con rapidez, recoge el fusil Kar 98k, se incorpora y se pega a la esquina de la pared semiderruida de una isba.

Alza el fusil y mira a lo largo de su cañón, buscando un objetivo que avanzase frente a la burda barricada que de forma tan primaria habían construido los hombres de la 3ª compañía del Batallón "Román". Sergio fija rápidamente su atención en una figura blanca que, fusil en alto, avanza corriendo hacia donde se encontraba, resbalando con la nieve semi derretida de la aldea.

Aprieta suavemente el gatillo de su arma y un fogonazo ilumina la boquilla del cañón, el soldado ruso cae desplomado a apenas 20 metros de la trinchera, boca abajo, para ser rápidamente sorteado por otros soldados soviéticos que, con la intención de sobrepasar la línea defensiva española, avanzan al descubierto en una oleada inmensa, ajena a todo peligro y embravecida por el vodka.

Los soldados españoles, superados por cuatro a uno en número por los rusos, disparan mecánicamente a estos, sin apenas posibilidad de fallo dada la cantidad y la oleada suicida que avanza frente sus líneas de defensa. Sin embargo, los rusos se encuentran cada vez más cerca, ya se distinguen sus facciones individuales y, dados sus números, tan solo es cuestión de tiempo que asalten las barricadas y acaben con la desesperada defensa española.

Sergio es consciente de esto y lanza una disculpa sorda hacia aquellas personas a las que deja en España, a más de 2000 kilómetros de donde estaba luchando, matando y muriendo.

Capítulo 2

VOLUNTARIO

¡Rusia es culpable!

La declaración de Serrano Súñer resuena en la cabeza de Sergio mientras estampa su firma en el papel que le entrega un falangista, acompañado de un alegre y fervoroso "¡Arriba España!" que es rápidamente secundado por todo hombre, mujer y niño que se encuentre cerca. Este papel le compromete a servir en la división voluntaria española que será enviada a Rusia a luchar junto a la , el poderoso ejército alemán que encuentra victoria tras victoria, con el fin de vengarse del Comunismo y de la ayuda realizada al Gobierno de la República Española durante la Guerra Civil, que tanto dolor y sufrimiento había llevado a los españoles.

Un sonriente y orgulloso Sergio se encamina a su pensión, respondiendo con radiante semblante a los brazos en alto y a las consignas falangistas que tanto se repiten por la calle.

Traspasa el portal de la sencilla y humilde pensión que se puede permitir saludando alegremente a la casera y a otros 3 habitantes del edificio que estaban conversando reunidos alrededor de una mesa.

-¡Buenas tardes a todos! -Saluda un enérgico Sergio mientras repasa rápidamente con la vista el salón.

-Buenas tardes, joven -Le responde Alfredo, un hombre de 50 años, pelo cano y alborotado de forma intencionada tratando de cubrir la notable falta de pelo que se veía en su coronilla.

Alfredo, al que la guerra sorprendió en su trabajo de frutero en un pequeño bajo de un suburbio madrileño, no tenía simpatía política alguna, como tantas veces decía (eso sí teniendo gran precaución con quién andaba cerca), "los sofistas nos enseñaron que la única política que debemos seguir es aquella que nos beneficie en ese momento, no debes atarte a ninguna en particular, joven". Y así hizo durante el conflicto civil que desgarró a España, al inicio se dio prisa y, suponiendo que la victoria de los nacionales era imposible, se hizo con un carné del PCE, viendo la fuerza que estos estaban alcanzando pensó que sería la mejor opción. Supo conseguir un puesto de administrativo en un punto alejado del

frente y donde estaban las oportunidades de conseguir algo de comida extra.

Mientras la guerra se alargaba y cada vez quedaba más claro que la derrota del bando republicano era cuestión de tiempo, comenzó a codearse con conocidos suyos falangistas que consiguieron pasar desapercibidos en Madrid y que formaban parte de la quinta columna. Rápidamente se ganó su confianza y, haciendo pequeños trabajos de mensajero consiguió que su pasado como administrativo de los republicanos quedase oculto para cuando las columnas del Ejército Nacional penetraron en Madrid, ante el alborozo general.

Junto a Alfredo, sentados en la mesa, se encontraban Claudia, la casera, viuda de un anarquista fusilado por el bando nacional en el Frente del Norte, la cual trataba de ocultar, con poco éxito, su amargura por el nuevo régimen establecido y su simpatía por el bando derrotado.

Por último, sentadas juntas estaban Sara, mujer viuda también, de 40 años, su marido murió a manos de las expropiaciones anarquistas en Barcelona durante el inicio de la Guerra Civil, su marido fue salvajemente golpeado hasta la muerte por un grupo de obreros anarquistas durante las criminales expropiaciones realizadas en toda Cataluña por los afiliados a CNT y las FAI.

Sara era una mujer agradable y poseía un atractivo que ni sus años ni las penurias que había pasado lograron borrar, lo que la hacía objeto de constantes acercamientos (siempre frustrados) por parte de hombres maduros y objeto de envidias de las mujeres del edificio.

Junto a ella se encontraba Lucía, una joven de 18 años, dos menos que Sergio, hermosa, con un rostro marcado por una piel de porcelana, dos grandes ojos color miel, un pelo castaño y un cuerpo estilizado, con el que soñaban todos los hombres jóvenes, y no tan jóvenes, que la conocían.

Sergio, pese a su normal timidez con el sexo opuesto, que trataba de ocultar bajo una imagen de arrogancia, llevaba desde los pocos días de su llegada a la pensión tartando de captar la atención de la joven, la cual mostraba más bien poco interés hacia él, lo que le hacía desesperar pero no mitigaban sus intentos de cortejarla, todo esto observado bajo las miradas divertidas del resto de sus compañeros de vivienda.

-Siéntate con nosotros, joven - dijo Alfredo, acariciándose la muñeca derecha- estábamos discutiendo acerca de las noticias que corren por ahí como la pólvora, que Franco ha decidido enviar a voluntarios a luchar en Rusia junto a los alemanes

-¿Y qué se nos ha perdido a nosotros en Rusia si puede saberse? - preguntó con el cejo fruncido Claudia- Franco nos ha metido en una

guerra entre nosotros y ya nos quiere llevar a otra

Sergio tomaba asiento junto a Alfredo, en una silla de madera mal pintada de blanco y, con una sonrisa en la cara exclamó enérgico:

-Pues yo me he alistado como voluntario, ya es hora de devolverles a los rojos la visita que nos han hecho

-¿Que te has alistado? Muchacho, no sé si asombrarme por tu arrojo o entristecerme por tu idiotez -Dijo Alfredo rascándose el bigote

-Vaya, Alfredo, esperaba un poco más de entusiasmo por tu parte, teniendo en cuenta tu reciente unión al falangismo

-Bueno, Sergio, ya sabes cómo va esto, como decían...

-Sí, sí, los sofistas y la política, esa historia ya nos la sabemos todos.

-Pero Sergio, ¿no crees que eres demasiado joven? Acaba tus estudios y deja que vayan otros a luchar esas guerras absurdas -Dijo una Sara con mirada de madre- basta ya de derramar sangre,